

PENTECOSTÉS

19/5/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Queridos hermanos,

La primera lectura nos recordaba el acontecimiento que dio origen a esta fiesta de Pentecostés: el envío del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, reunidos en el cenáculo, en Jerusalén, cincuenta días después de la Pascua, pocos días después de la Ascensión de Jesús a los cielos.

«Estaban todos reunidos», se refiere a los Apóstoles, que fieles a las indicaciones de Jesús rezaban junto con María: «esperad que se cumpla la promesa de mí Padre», les había dicho Jesús en el momento de la Ascensión. Eso hacían.

«De repente un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían posándose sobre cada uno».

Se trataba del cumplimiento de la promesa hecha por Cristo. Promesa hecha antes y después de su muerte y resurrección.

En este hecho hay que distinguir tres cosas: Primero, Los signos externos con los que se realiza: es decir el ruido y las lenguas como de fuego; Segundo, el hecho mismo: que el Espíritu Santo desciende sobre los apóstoles; Tercero, lo que este hecho significa y sus frutos.

1º. Los signos externos. El Espíritu Santo no es ni el fuego ni el ruido, como no es una paloma, sino que de forma excepcional, para manifestar su presencia, se manifiesta exteriormente en el Bautismo de Jesús en forma de paloma y aquí con el ruido y el fuego. Pero al igual que el Espíritu Santo al descender sobre Jesús no se queda en forma de Paloma sobre él, sino que como realidad espiritual desciende hasta el espíritu humano de Jesús y allí permanece; así, de la misma manera, ahora desciende sobre el espíritu de los Apóstoles y allí hace su morada. El fuego y el ruido son sólo expresión externa momentánea, que desaparece. La realidad del Espíritu Santo permanecerá ya en el interior de la Iglesia para siempre.

Y es que el Espíritu Santo no ofrece una experiencia sensible, porque no es una realidad que se pueda ver y tocar, como sí lo era el Hijo de Dios hecho hombre. Es una realidad que está más allá de nuestra vista o de nuestro tacto. Más aún, es una realidad que está más allá de los sentidos de nuestra alma. No tenemos experiencia directa de él, como sí tenemos experiencia directa de Jesús, por ejemplo cuando comulgamos.

Es muy importante darse cuenta de este hecho, porque Dios derrama hoy su Espíritu Santo igual que entonces: en cada celebración litúrgica se da el Espíritu Santo y hoy, fiesta de Pentecostés, especialmente. ¡Que no celebremos los cristianos la liturgia para fomentar nostalgia de cosas pasadas, sino para que Dios obre en nosotros su obra salvadora! Que es muy distinto. Otra cosa es si nosotros tenemos o no las disposiciones adecuadas para que Dios pueda obrar o, si luego, nosotros permitimos que su obra se concluya. Pero eso es otro asunto.

2º. El don del Espíritu Santo. El hecho es que el Espíritu Santo se derrama sobre el propio espíritu de los Apóstoles. La tercera persona de la Santísima trinidad, Dios Espíritu Santo, desciende sobre aquellos hombres para hacer en ellos su morada, para hacer de ellos su templo. Esto es sin duda lo más importante de lo que allí ocurrió y de lo que ocurre aquí en la

celebración litúrgica. Que Dios derrama su Espíritu Santo. Enseguida volveremos sobre el valor de este hecho.

3º. Los frutos: En aquel primer momento, el acontecimiento del Espíritu Santo tiene unas consecuencias o frutos que se manifiestan inmediatamente: que los apóstoles, de repente, venzan su miedo y se pongan a hablar de las maravillas que había hecho Dios al resucitar a Jesús de entre los muertos; y el milagro de que se pusieran a hablar en lenguas diversas. El hablar en leguas es un fruto milagroso y excepcional del don del Espíritu, pero el vencer el miedo y dar testimonio de lo que habían visto y oído, de las maravillas de Dios realizadas en Jesús, eso será uno de los dones habituales que acompaña la visita del Espíritu de Cristo. Esos frutos habituales son los que nos interesa ahora subrayar, para reconocerlos agradecidos entre nosotros o suplicarlos humildes. El Espíritu Santo es una realidad que viene con frutos y con dones¹.

- Entre los frutos del Espíritu Santo está que borra nuestros pecados, es un amor purificador que limpia nuestro corazón. “El amor borra todos los pecados”. Por eso en el Evangelio al dar a la Iglesia el Espíritu Santo, le da también el poder de perdonar el pecado, de arrancar del corazón del hombre las heridas del pecado, cosa que sólo Dios puede hacer.
- Entre los frutos de pecado está que ilumina nuestra inteligencia para que podamos conocer la verdad de Dios y ante él la verdad de nosotros mismos y de nuestra vida.
- Entre los frutos del Espíritu Santo está que nos ayuda a guardar los mandamientos, porque introduce en nuestra alma una fuerza de amor que nos hace más fácil obedecer a Dios y amar a nuestros semejantes, nos hace más disponibles para la virtud, incluso para el sacrificio. Porque el amor hace fácil lo difícil.
- El Espíritu Santo hace también que la esperanza del cielo se avive en nosotros, porque siendo como es un vínculo de amor con Dios Padre y con su Hijo es ya anticipo de ese cielo, son las arras con la que Cristo nos desposa, las primicias de la herencia que el Padre nos da.
- Entre esos frutos está que el Espíritu Santo ilumina nuestro camino hacia el cielo, como un maestro interior, que nos hace descubrir la voluntad de Dios e ilumina las dudas que se nos plantean en muchos momentos importantes de la vida en este camino.

Estos y otros muchos son los dones y frutos maravillosos que trae el espíritu al alma y al conjunto de la Iglesia. Pero —y aquí volvemos a la consideración del hecho mismo del don del Espíritu— con ser importantes y maravillosos no son ellos lo más importante. Lo más importante es el hecho mismo de que él venga a hacer de nosotros su morada, a hacer de nosotros su templo estable y permanente, a habitar con nosotros. «Este es el gran privilegio y el don insuperable con el que Dios honra a los cristianos, el de recibir en nuestro propio corazón no los dones del Espíritu Santo sino su propia presencia, Él mismo mediante una inhabitación real, no meramente simbólica»².

Y donde está el Espíritu de Dios allí está Dios. Donde está el Espíritu del Padre y del Hijo, allí están con él el Padre y el Hijo. El don del Espíritu Santo hace de nosotros un templo verdadero de Dios. Se nos da una comunión íntima y verdadera con el Dios Uno y Trino por la efusión del Espíritu en nuestra alma. Este es el gran don.

¹ Seguimos aquí, aunque no literalmente: TOMÁS DE AQUINO, *Obras Catequéticas —Sobre el Credo, Padrenuestro, Avemaría, Decálogo y los Siete Sacramentos—*. Edición de JOSEP-IGNASI SARANYANA (Eunate, Pamplona 1995), 81-82

² J. H. NEWMAN, *Sermones Parroquiales II*, 19 (Encuentro, Madrid 2007) 203

El Evangelio decía que Jesús, para dar de este Espíritu a los Apóstoles, exhaló sobre ellos su aliento. Y es que tanto en hebreo como en griego, espíritu, viento, aliento, respiro, todo tiene la misma palabra (*ruah, pneuma*). Lo precioso de este gesto es que nos indica la intimidad del Espíritu que da Cristo con el mismo Cristo. No es un regalo exterior a él, sino, por decirlo de alguna forma, su mismo corazón, es darnos una forma de presencia suya, no externa, sino interna e íntima.

Este detalle se complementa con el hecho de que no derramase plenamente su Espíritu hasta no haber ascendido a los cielos. Sólo cuando Jesús, con su verdadera y plena humanidad está «ante el Padre» y recibe de él plenamente el amor filial, el Espíritu Santo es derramado sobre nosotros. De la intimidad del diálogo de amor entre el Padre y el Hijo brota, se derrama y es enviado este Espíritu por el Padre y el Hijo. Por eso el Espíritu enviado nos hace partícipes de la vida de Dios, nos hace hijos y nos empuja a llamar a Dios “padre nuestro”; nos hace miembros de Cristo, nos desposa con él, nos une cada vez más íntimamente a él.

Insisto, por grandes que sean los dones y frutos que traiga consigo el Espíritu, su presencia en nosotros y con él la presencia del Padre y del Hijo, es el verdadero y más grande de los dones, el verdadero privilegio de los cristianos.

Pero no quería dejar de explicar un detalle que quizá os ha llamado la atención: ¿Cuántas veces da Dios su Espíritu? Porque en el Evangelio se dice que Cristo dio de su Espíritu a los Apóstoles con su aliento, y en el libro de los Hechos se dice que Dios envía el mismo Espíritu en Pentecostés. También nosotros recibimos este Espíritu en el Bautismo, luego en la Confirmación, luego en cada celebración de los sacramentos, también especialmente en la fiesta de Pentecostés. Es así: hay una multiplicidad de momentos y esto es debido no a que Dios de el Espíritu a cuentagotas, sino a que nosotros lo acogemos de forma muy parcial y de que muchas veces lo expulsamos de nuestro corazón con nuestros pecados. Esta observación nos exhorta a corresponder y a custodiar el don de Dios, dando fe al hecho mismo de que Dios nos lo da, aunque no podamos sentirlo, manteniéndonos en diálogo con el Dios que nos habita por la oración y manteniéndonos en gracia, acudiendo a la confesión siempre que lo necesitemos para no destruir esta obra de Dios en nosotros.

Pues recibid de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo el Espíritu Santo y anunciad las maravillas de Dios a todos los hombres.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.